

NÁPOLES.

Terracina, 31 de diciembre.

Ved aquí los equipajes, las cosas y los objetos que se encuentran en tropel en las calles de Italia: ingleses y rusos que viajan con gran gasto en cómodas berlinas, con todas las costumbres y preocupaciones nacionales; muchas familias italianas que transitan en vetustas calesas, para trasladarse económicamente á las vendimias; muchos frailes á pié, que llevan de la brida á una mula reacia cargada de reliquias; labradores que conducen carretas tiradas por grandes bueyes, y llevan una efigie de la Virgen colocada en el timón á la extremidad de un palo; aldeanas veladas ó con los cabellos diestramente trenzados y adornadas con airosos guardapiés de vivos colores, justillos abiertos por el pecho y atacados con cintas, y collares y brazaletes de mariscos; carros tirados por mulas engalanadas con campanillas, plumas y mantillas encarnadas; barcas, puentes y molinos; multitud de asnos, cabras y carneros; alquiladores de coches y caballos para los viajeros; correos con la cabeza cubierta con una red, como los españoles; muchachos completamente desnudos; peregrinos, mendigos, penitentes blancos y negros; militares dando vaivenes en malos carricoches; escuadras de gendarmes, y ancianos mezclados con las mujeres. Todo este conjunto respiraba un aire de alegría y benevolencia suma, pero era mayor aun la curiosidad que en él se descubría: todos se seguían con la vista, como queriendo hablarse, mas nadie se decia una palabra.

A las diez de la noche.

He abierto la ventana de mi habitación: las olas vienen á estrellarse al pié de las paredes del albergue. Nunca examino el mar sin un movimiento de júbilo, y casi de ternura.

Gaeta, 1^o de enero de 1804.

¡ Otro año ha trascurrido!

Al salir de Fondi saludé al primer vergel cubierto de naranjos que encontré: aquellos hermosos árboles estaban tan cargados de maduros frutos, como pudieran estarlo los manzanos mas fecundos de la Normandía. Trazo estas pocas palabras en Gaeta, en un balcon á las cuatro de la tarde, con un sol soberbio y en presencia del mismo mar. Aquí murió Cicerón, en aquella patria, como él mismo dice, que habia salvado: *Moriar in patria sæpe servata*. Cicerón fue muerto por un hombre á quien habia defendido en otro tiempo; ingratitud en que abunda la historia. Antonio recibió en el Foro la cabeza y las manos de Cicerón, y dió una corona de oro y una suma de 200,000 libras al asesino; pero esto no bastaba al hecho, y la cabeza fue elevada en la tribuna pública entre las dos manos del orador. En tiempo de Neron se elogiaba mucho á Cicerón, pero en el de Augusto nada se hablaba de él. La causa de esta anomalía aparente era, que en tiempo de Neron el crimen se habia perfeccionado, y los antiguos asesinatos del divino Augusto eran vagatelas, ensayos, y casi el tiempo de la inocencia comparado con las nuevas infamias. Además de esto, se estaba ya muy lejos de los tiempos de libertad; se ignoraba ya lo que habia sido: ¿ los esclavos que asistían á los juegos del Circo, iban á entusiasmarse con los ensueños de los Catones y los Brutos? Los retóricos podían muy bien, en el lleno de la servidumbre, alabar al aldeano de Arpinum. Neron mismo hubiera

en el cuarto y quinto libro de los *Mártires*, solo resta de cuanto pensaba decir acerca de Italia, la parte histórica y política.

sido hombre capaz de propagar arengas acerca de la excelencia de la libertad, y si el pueblo romano se hubiese dormido, como era de esperar, durante sus peroratas, su señor, autorizado por la costumbre, le hubiera hecho despertar á fuerza de palos para obligarle á aplaudir.

Nápoles, 2 de enero.

El duque de Anjou, rey de Nápoles y hermano de San Luis, hizo matar á Coradino, legítimo heredero de la corona de Sicilia. Coradino desde lo alto del cadalso arrojó su guante á la multitud: ¿ quién le recogió? Luis XVI, descendiente de S. Luis.

El reino de las Dos Sicilias tiene alguna cosa de extraño para la Italia; griego bajo los antiguos romanos, ha sido sarraceno, normando, alemán, francés y español en los tiempos modernos.

La Italia de la edad media, era la Italia de las dos grandes facciones de Guelfos y Gibelinos, la Italia de las rivalidades republicanas y de las pequeñas tiranías, época en que solo se oye hablar de crímenes y libertad; entonces todo se ejecutaba con la punta del puñal. Las aventuras de aquella Italia participan del carácter romancesco: ¿ quién no ha oido hablar de Ugolino, Francisca de Rimini, Romeo y Julieta, y Otelo? Los duxes de Génova y de Venecia, los príncipes de Verona, de Ferrara y de Milan, los guerreros, los navegantes, los escritores, los artistas, los mercaderes de aquella Italia, eran hombres de genio: Grimaldi, Frigoso, Adorni, Dandolo, Marin, Zeno, Morosini, Gradenigo, Scaligieri, Visconti, Doria, Trivulce, Spinola, Zeno, Pisani, Cristóbal Colon, Américo Vesputio, Gabato, el Dante, Petrarca, Bocacho, Ariosto, Maquiavelo, Cardan, Pomponace, Achillini, Erasmo, Policiano, Miguel-Angel, Perugino, Rafael, Julio Romano, Dominiquino, Ticiano, Caragio y los Medicis; pero á pesar de esto, no se ve ni un caballero, ni nada de la Europa Transalpina.

En Nápoles, al contrario, la caballería se une al carácter italiano, y las proezas á las conmociones populares; Tancredo y el Taso, Juan de Nápoles y el buen rey René, que no reinó, las Visperas Sicilianas, Masaniello y el último duque de Guisa: hé aquí las Dos Sicilias. El soplo de la Grecia viene así á espirar en Nápoles; Atenas ha prolongado sus fronteras hasta Paestum: sus templos y sus tumbas forman una faja crepuscular al extremo del horizonte de un cielo encantador.

No he admirado á Nápoles sino cuando estuve en él: desde Cápua y sus deliciosos campos hasta aquí, el país es fértil, pero poco pintoresco, y se entra en Nápoles, casi sin verlo, por un camino quebrado. (1)

8 de enero de 1804.

He visitado el Museo.

Por toda riqueza existe una estatua de Hércules, de que hay dos copias, y representa al dios en reposo, apoyado en el tronco de un árbol: hay ligereza en la clava; una Venus, en la que se admira la belleza de las formas, y el busto de Escipion el Africano.

¿ Por qué la escultura antigua es superior (2) á la

(1) Púedese si se quiere, abandonar la antigua ruta, pues desde la última dominación francesa se ha practicado otra entrada trazando un hermoso camino al rededor de la colina del Pausilipo.

(2) Esta asercion, cierta en general, admite sin embargo, bastantes excepciones. La estatuaria antigua en nada supera á las cariatides de Louvre de Juan Goujon. Diariamente tenemos á la vista aquellas obras maestras y sin embargo no fijamos la atención en ellas. El Apolo ha sido mucho mas elogiado: los méropes del Partenon son los únicos que representan en toda su perfección la escultura griega. Lo que he dicho de las artes en el *Genio del Cristianismo* está desmentido con frecuencia. En aquella época no habia visitado aun la Italia, la Grecia, ni el Egipto.

moderna, al paso que la pintura moderna es verosímilmente superior ó por lo menos igual á la antigua?

En cuanto á la escultura, pienso:

Que los hábitos y costumbres de los antiguos eran mas graves que los nuestros, y sus pasiones menos turbulentas. Ahora bien: la escultura que rechaza los matices débiles y los movimientos inapreciables, se acomodaba mejor al continente tranquilo y seria fisonomía de los griegos y romanos.

Además, los ropajes antiguos descubrían en parte la desnudez, y esta desnudez estaba siempre á los ojos de los artistas, al paso que hoy solo ocasionalmente se ofrece á las miradas del escultor moderno: en una palabra las formas humanas eran mas bellas.

Respecto á la pintura, diré:

Que admite mucho movimiento en las actitudes; y por consecuencia, cuando la *maneras* desgraciadamente son sensibles, perjudican menos á los grandes efectos del pincel.

Las reglas de la perspectiva, que apenas tienen aplicacion á la escultura, son mucho mejor entendidas por los modernos que lo eran por los antiguos; además, en la actualidad se conocen mas colores, restando solo saber si son mas vivos y puros.

En mi revista al Museo, he admirado la madre de Rafael pintada por su hijo: bella y sencilla, se asemeja un poco al mismo Rafael, como las Virgenes de aquel genio divino se parecen á los ángeles.

Miguel-Angel pintado por él mismo, llamó tambien mi atención, así como Armida y Reinaldo, escena propia de un espejo mágico.

POUZOLO Y LA SOLFATARA.

4 de enero.

En Pouzolo he examinado el templo de las Ninfas y la casa de Ciceron, que llamaba la *Puteolane*, y en la que escribió muchas veces á Atico y compuso tal vez su segunda Filípica. Esta quinta, edificada segun el plano de la Academia de Atenas, y embellecida despues por Vetus, se convirtió mas tarde en palacio en tiempo del emperador Adriano, que murió en ella pronunciando aquellas célebres palabras de despedida á su alma:

Animula vagula, blandula,
Hospes comesque corporis, etc.

Tambien quise ser pusiese en su tumba que habia sido asesinado por los médicos:

Turba medicorum regem interfecit.

La ciencia ha progresado.

En aquella época, todos los hombres de mérito eran filósofos, aunque no cristianos.

Desde el Pórtico se gozaba del espectáculo mas bello: un pequeño vergel que ocupa hoy la casa de Ciceron; mas allá el templo de Neptuno y unas tumbas, despues la Solfatara, inmenso campo cubierto de azufre; el ruido de las fuentes de agua hirviendo, pudiera representar para los poetas el rumor del Tártaro, y cerrando el círculo, la vista del golfo de Nápoles, cabo dibujado por la luz del crepúsculo vespertino, de que parecían ser un reflejo el Vesuvio y el Apenino, acordes armónicos de aquellos fuegos celestes. El vapor diáfano que se extendía por la superficie de las aguas y una parte de la montaña; la blancura de las velas de los barcos que entraban en el puerto; la isla de Caprea en lontananza; la montaña de las Camáldulas con su convento y su bosque coronando á Nápoles, contrastaban admirablemente con la Solfatara. Un francés habita la isla donde se retiró

Bruto. Gruta de Esculapio. Tumba de Virgilio, desde donde se divisa la cuna del Taso.

EL VESUVIO.

5 de enero de 1804.

Hoy 5 de enero he salido de Nápoles á las siete de la mañana, y me encaminé á Portici. El sol se habia desembarazado de las nubes que ocultaban su aparicion, pero la frente del Vesuvio permanecía velada por una densa niebla. Escogí un *cicerone* que me condujera al cráter del volcan, y cabalgando cada uno en su mula, nos pusimos en marcha.

Comencé á subir por un camino bastante ancho practicado entre dos viñedos plantados de álamos. Marchaba directamente á las regiones del naciente invierno. Un poco mas arriba de los vapores suspendidos en la region media del aire, descubrí la copa de algunos árboles: eran los pequeños olmos de la ermita. Descubriáanse á derecha é izquierda algunas miserables habitaciones de viñadores, campeando en medio de las ricas cepas del *Lacryma-Christi*, pero el resto solo ofrecía á la vista del observador una tierra abrasada, vides despojadas entrelazándose con los pinos en forma de parasol, algunos aloes cercando las propiedades, é innumerables piedras rodadas, pero ni un ave.

Llegado á la primera esplanada de la montaña, una llanura árida y desprovista de vegetacion se desplegó á mi vista. A través de aquella desnudez se creen descubrir las dos cabezas del Vesuvio, á la izquierda la Somma y á la derecha la boca actual del volcan, perdidas ambas entre pálidas nubes. Avancé mas, y por un lado ví la Somma que se perdía entre las simas, y por otro empecé á distinguir las sinuosidades practicadas en el cono del volcan que iba á hollar muy pronto. La lava de 1766 y 1769 cubria el plano sobre que marchaba, desierto humeante, donde las lavas arrojadas como escorias de forjador, destacan sobre un fondo negro el color blanquecino de su espuma semejante á las heces desecadas.

Siguiendo el camino por la izquierda y dejando á la derecha el cono del volcan, llegué á la falda de una colina ó mas bien muro formado por la lava que ha hecho desaparecer de la vista el Herculano. Esta especie de muralla, plantada de viñas en la faja que la une al llano, ofrece á su espalda un vallado profundo en el que crece un monte tallar, en el cual se deja sentir un frío intenso.

Subí aquella colina para ir á la ermita que se descubre al lado opuesto. Allí el cielo disminuye su elevacion y las nubes vuelan sobre la tierra á manera de una humareda gris, ó como se esparcen y huyen las cenizas arrojadas al viento, uniéndose á este espectáculo melancólico el sordo murmullo de los arbolillos de la ermita.

El eremita se adelantó á mi encuentro y tomándola brida de mi mula eché pié á tierra. Este solitario, hombre de buen aspecto y de una fisonomía franca, me hizo entrar en su celda, y disponiendo una refraccion, me sirvió pan, manzanas y huevos. Sentóse en frente de mí, y con los codos apoyados en la mesa departió tranquilamente durante mi desayuno. Las nubes se habian cerrado de tal suerte por todo el horizonte, que circundándonos densamente, nos imposibilitaban distinguir ningun objeto desde la ventana de la ermita. Oíase solo en aquel vaporoso abismo el ronco silbido del viento y el rumor lejano de la mar azotando las costas de Herculano; ¡ escena pacífica de la hospitalidad cristiana, representada en una reducida celda, al pié de un volcan y en medio de una tempestad!

El ermitaño me presentó el libro donde los extranjeros acostumbra anotar algun pasaje de su vida,

pero ningun pensamiento hallé en aquel libro que mereciese retenerlo en la memoria; los franceses, con el buen gusto peculiar de su nacion, se han contentado solo con estampar en él la fecha de su mansion, ó elogiar al ermitaño. Aquel volcan nada digno de consideracion ha inspirado á los viajeros, y esto me confirma en una idea que há mucho tiempo me domina, y es que así los grandes asuntos como los objetos grandiosos, no son á propósito para inspirar elevados pensamientos; porque estando, por decirlo así, evidente su grandeza, todo lo que se añade al hecho lo rebaja. El *nascitur ridiculus mus* es una verdad de todas las montañas.

Pasadas dos horas y media, partí de la ermita, y volviendo á subir la colina de lava que ya habia recorrido, descubrí á mi izquierda el valle que me separaba de la Somma, y á mi derecha la llanura del cono. Proseguí mi camino elevándome por la orilla del cerro, y no hallé en aquel horrible lugar otra criatura viviente que una pobre jóven, delgada, amarillenta y medio desnuda, sucumbiendo al peso de una carga de leña cortada en la montaña.

La densidad de las nubes no me dejaba descubrir nada, y el viento silbando de bajo á alto, las arrojaba del plano negro que dominaba haciéndolas pasar sobre el dique de lava que recorría: no escuchaba otro ruido que el paso de mi mula.

Abandoné la colina; volví á la derecha y descendí á la llanura cubierta de lava que desemboca en el cono del volcan, y que atravesé por la parte baja al subir á la ermita. Aun en presencia de aquellas ruinas calcinadas, la imaginacion apenas acierta á representarse aquellos campos de fuego y de metales fundidos en el momento de las erupciones del Vesuvio. El Dante los habia visto quizá en este momento solemne cuando pintó en su *Infierno* aquellas arenas abrasadas donde las llamas eternas descienden lentamente en medio de un pavoroso silencio, *Come di neve in Alpe sanza vento*:

Arrivammo ad una landa,
Che dal suo lefto ogni pianta rimove.
Lo spazzo er' un' arena arida e spessa

Sovra tutto 'l sabbion d' un cader lento
Pioven di fouco dilatata, e falde,
Come di neve in Alpe sanza vento.

Las nubes empero, se entreabren por aquellos picos y descubren repentinamente y á intervalos, á Portici, Caprea, Ischia, el Pausilipo, la mar sembrada con las blancas velas de los pescadores, y la costa del golfo de Nápoles, bordada de naranjos: es el paraíso visto desde el infierno.

Hemos llegado al pié del cono: dejamos nuestras mulas, y apoyado en un largo baston que me da mi guia, comenzamos á hollar la enorme masa de cenizas que le precede. Las nubes se vuelven á cerrar de nuevo, la niebla se espesa y la oscuridad redobla.

Héme aquí en lo alto del Vesuvio, escribiendo sentado á la boca del volcan y proximo á descender al fondo de su cráter. El sol se muestra de cuando en cuando á través del velo de vapores que rodea toda la montaña. Este accidente, que me oculta uno de los mas bellos paisajes de la tierra, contribuye á hacer mas formidable el horror de aquel sitio. El Vesuvio, separado por las nubes que le rodean, de los paisajes encantados que le sirven de pedestal, parece situado en el mas profundo de los desiertos, y la especie de terror que inspira no basta á debilitar el espectáculo de una ciudad floreciente que mora á sus piés.

Propongo á mi guia el descenso al crater, mas él manifiesta alguna dificultad con objeto de sacar mas partido de su posicion, y convenidos en la suma que ha de recibir en el acto, se la entrego. Despójase de su vestido, y despues de andar algun tiempo por el borde

del abismo para hallar una línea menos perpendicular y hacer mas fácil la bajada, el guia se detiene y me advierte me prepare. Vamos á precipitarnos.

Hémos ya en el fondo del abismo cuyo caos desconfio poder pintar.

Imagínese una sima de una milla de circunferencia y de trescientos piés de elevacion, que va alargándose en forma de embudo. Sus bordes ó paredes interiores están surcadas por el fluido ardiente que aquel abismo ha contenido y derramado hácia fuera. Las partes salientes de aquellos surcos se asemejan á las jambas de ladrillo en que los romanos apoyaban sus mamposterías. Algunas rocas suspendidas en varias partes del contorno han cubierto el abismo con sus restos, y una espesa masa de cenizas.

Este fondo del abismo está labrado de diferentes maneras: cerca de su centro hay formados tres pozos ó pequeñas bocas recientemente abiertas y que vomitaron llamas durante la mansion de los franceses en Nápoles en 1798.

Densas humaredas traspasan á través de los poros del abismo, sobre todo al lado de la *Torre del Griego*. En el flanco opuesto, hácia Caserta descubrí una llama, y cuando se mete la mano en las cenizas que man aun á algunas pulgadas de profundidad de la superficie.

El color general de la sima, es el del carbon apagado. Pero la naturaleza siempre bella, prodiga sus gracias aun á los objetos mas horribles: la lava, pintada de azul en unas partes, ofrece en otras los matices del verdemar, del amarillo subido y del anaranjado. Trozos de granito, violentados y torcidos por la accion del fuego, se han encorvado por sus extremidades, imitando las palmas y las hojas del acanto. La materia volcánica enfriada sobre la roca viva por la cual ha corrido, forma en todas direcciones, rosetones, guirnaldas y cintas, y afectando tambien las figuras de las plantas y de los animales, forma mil grupos caprichosos é imita los variados dibujos que se admiran en las ágatas. En una roca azulada he descubierto un cisne de lava blanca perfectamente modelado, siendo tan completo el efecto, que se hubiera jurado dormia aquella hermosa ave sobre una agua tranquila, con la cabeza oculta bajo su ala y su largo cuello extendido sobre su espalda como un rollo de seda:

Ad vada Meandri concinit albus color.

El mismo silencio absoluto que habia observado ya en las selvas americanas, en la mitad del dia, encontré aquí, y conteniendo el aliento solo escuchaba los latidos del corazon y la pulsacion de las sienas, producida por el movimiento de las arterias. Algunas veces el viento penetrando por la parte superior del cono, bajaba hasta el fondo del cráter mugiendo al chocar con mis vestidos ó silbando al quebrarse en mi baston; tambien escuché rodar algunas piedras que mi guia hacia desprender al pisar sobre las cenizas. Un eco confuso, parecido á la vibracion del metal ó del vidrio, prolongaba el ruido de su caída y despues todo enmudecia. Compárese este silencio mortal con las detonaciones espantosas que turban aquellos mismos lugares cuando el volcan vomita el fuego de sus entrañas y cubre la tierra de tinieblas.

Este contraste puede dar lugar á muchas reflexiones filosóficas que nos hagan mirar con lástima las cosas humanas. ¿Qué son en efecto esas famosas revoluciones de los imperios, al lado de estos accidentes de la naturaleza, que tan fácilmente cambian la paz de la tierra y de los mares? ¿Felices al menos los hombres, si no empleasen en atormentarse mutuamente los pocos dias que han de pasar reunidos! El Vesuvio no ha abierto una sola voz sus abismos para devorar las ciudades, sin que sus furiosos no hayan sorprendido á los pueblos sumidos en sangre y lágrimas. ¿Cuáles han sido los primeros indicios de civilizacion,

las primeras huellas del paso de los hombres que se han hallado en los apagados senos del volcan? Instrumentos de suplicio, y esqueletos encadenados (1).

Los tiempos varían, y los destinos humanos ofrecen la misma inconstancia: La *vida* dice una cancion griega, *huye como la rueda de un carro*:

Τροχός ἄρματος γὰρ οἷα
Βιωτός τρέχει κυλισθεῖς.

Plinio perdió la vida por haber querido contemplar á larga distancia el volcan en cuyo cráter estoy yo tranquilamente sentado. Yo miro humear el abismo en torno mio, y medito que á algunas toesas de profundidad hay una sima de fuego bajo mis piés; pienso que el volcan podria abrirse y lanzarme en el aire entre pedazos de mármol destrozado.

¿Qué providencia me ha conducido á este sitio? ¿Por qué casualidad las tormentas del Océano americano me han arrojado á los campos de Lavinia: *Laviniaque venit littora*? No puedo menos de dirigir una mirada retrospectiva á las agitaciones de esta vida, «donde las cosas, dice San Agustín, no son mas que miseria y la esperanza no puede dar un momento de felicidad: *Rem plenam miserie, spem beatitudinis inanem.*» Nacido en las rocas de la Armórica el primer rumor que hirió mi oído al venir al mundo fue el del mar; ¿y en cuántas playas no he visto quebrarse despues aquellas mismas olas que vuelvo á encontrar aquí?

¿Quién me hubiese dicho, hace algunos años, que oiria gemir en las tumbas de Escipion y de Virgilio aquellas ondas que se desarrollaban á mis piés en las costas de Inglaterra ó en las playas del Maryland? Mi nombre está escrito en la cabaña del salvaje de la Florida, y acabo de estamparle en el libro del ermitaño del Vesuvio. ¿Cuándo depositaré á la puerta de mis padres el báculo y la capa del viajero?

O patria! o divum domus Ilium!

PATRIA, Ó LITERNA.

6 de enero de 1804.

Saliendo de Nápoles para la gruta de Pausilipo, he rodado una hora en calesa por la campiña; despues de haber atravesado cortos caminos cubiertos de enramadas, he bajado del carruaje para buscar á pié á *Patria* ó sea la antigua Literna. Lo primero que se me ha presentado ha sido un bosquecillo de álamos, y en seguida unas viñas y una llanura sembrada de trigo. La naturaleza era bella pero triste. En Nápoles como en el Estado Romano, los cultivadores no se dejan ver en los campos sino en el tiempo de la sementera y de la recoleccion, porque retirados despues á los arrabales de las villas ó á las aldeas, las campiñas carecen de poblaciones, ganados y habitantes y no ofrecen por lo tanto el movimiento rústico de la Toscana, del Milanesado y de las comarcas transalpinas. Sin embargo, en las cercanías de *Patria* he hallado algunas posesiones bastante bien edificadas y agradables: tenian por ejemplo en el patio un pozo adornado de flores y ornamentado con dos pilastras que coronaban frondosos aloes en forma de canastillo, descubriéndose en el país un gusto particular para la arquitectura, que revela la antigua patria de la civilizacion y de las artes.

Los terrenos húmedos sembrados de helechos, contiguos á fondos cubiertos de madera, me han recordado el aspecto de la Bretaña. ¿Cuánto tiempo há que he dejado mis brezos natales! Acábase de cortar un antiguo monte de encinas y olmos entre los cuales me he criado, y al recordar tamaña devastacion me siento

(1) En Pompeya.

inclinado á prorumpir en quejas, como aquellos seres cuya vida era inseparable de la mágica selva del Taso.

A lo lejos he descubierto en las orillas del mar la *torre llamada de Escipion*. A la extremidad de una manzana de casas formada por una capilla y una especie de meson, se dilata un campo de pescadores en el cual he entrado. Hallábanse ocupados en acomodar sus redes al borde de un estanque; dos de ellos me han acercado un barquichuelo y me han conducido cerca de un puente donde he desembarcado en el punto que ocupa la torre. He pasado varias dunas donde crecian laureles, mirtos y olivos enanos, y subido, aunque no sin trabajo, á lo alto de la torre, vigia que sirve para el reconocimiento de las embarcaciones; mis miradas han vagado por aquel mar que Escipion habia contemplado tantas veces. Algunos restos de las bóvedas llamadas *Grutas de Escipion*, se han ofrecido á mis pesquisas religiosas: pisaba poseido de respeto, la tierra que cubria los huesos de aquel, que en medio de su gloria buscaba la soledad. Yo no tendré de comun con aquel gran ciudadano mas que el último destierro que á ningun hombre se levanta.

BAYAS.

9 de enero.

Desde lo alto del Monte-Nuevo, se descubre una vasta plantacion de mirtos, y elegantes brezos.

El lago Averno: es de forma circular y está confundido entre un recinto de montañas; sus orillas están adornadas de viñas de altas cepas; el antro de la Sibila está colocado hácia el Sur en el flanco de los peñascos, cerca de un bosque. He oido cantar á las aves, y las he visto volar al rededor del antro, á pesar de los versos de Virgilio:

Quam super haud ulla poterant impune volantes
Tendere iter pennis.

En cuanto al *ramo de oro*, aunque todas las palomas del mundo me lo hubiesen mostrado, no hubiera sabido cogerlo.

El lago Averno comunicaba con el lago Lucrino: restos de este último lago en el mar; restos del puente Julia.

Se embarca y se sigue el dique hasta los baños de Neron. He hecho cocer huevos en el Flegeton. Reembarcándose al salir de los baños de Neron, y doblando el promontorio, en una costa abandonada, gimenbatidas por las olas, las ruinas de multitud de baños y de quintas romanas. Templos de Venus, de Mercurio, de Diana; tumbas de Agripina, etc. Bayas fue el Eliseo de Virgilio y el infierno de Tácito.

HERCULANO, PORTICI, POMPEYA.

11 de enero.

La lava ha llenado el Herculano, como el plomo fundido llena las cavidades de un molde.

Portici es un almacen de antigüedades.

Hay cuatro partes descubiertas en Pompeya: 1.^a el templo; el cuartel de los soldados; los teatros; 2.^a una casa recientemente desembarazada por los franceses; 3.^a un cuartel de la ciudad; 4.^a la casa fuera de la ciudad.

La torre de Pompeya tiene cerca de cuatro millas. El cuartel de los soldados, es una especie de claustro alrededor del cual habia cuarenta y dos cuartos: algunas palabras latinas estropeadas y con pésima ortografía emborronan las paredes. Cerca de allí estaban los esqueletos encadenados: «Aquellos que un tiempo

fuieron encadenados, dice Job, no sufrirán ya, ni oirán la voz del exactor.»

Un pequeño teatro; veinte y una gradas en semi-círculo y corredores detrás. Un gran teatro: tres puertas en el fondo para salir á la escena, comunicándose con los cuartos de los actores; tres filas marcadas para las gradas: la inferior mas ancha y de mármol. Los corredores de la espalda anchos y abovedados.

Entrábase por el corredor á lo alto del teatro y se bajaba á la platea por salidas especiales. Seis puertas se abrían en aquel corredor. No lejos de allí hay un pórtico cuadrado de sesenta columnas, y además otras columnas en línea recta, en dirección Sur á Norte; disposición que no he podido comprender.

Hay también dos templos, uno de los cuales tiene tres altares y un santuario elevado.

La casa descubierta por los franceses es curiosa: los dormitorios, extremadamente exigüos, están pintados de azul ó de amarillo y adornados con pequeños cuadros al fresco. Vese en aquellos cuadros un personaje romano, un Apolo tocando la lira, paisajes, perspectivas de jardines y ciudades. En la habitación mayor de aquella casa, hay una pintura que representa á Ulises huyendo de las Sirenas: el hijo de Laertes, atado al mástil de su bajel, escucha á tres Sirenas situadas en las rocas: la primera toca la lira, la segunda una especie de trompeta, y la tercera canta.

Para llegar á la parte de Pompeya descubierta de mas antiguo, se entra por una calle de cerca de quince piés de ancho: á uno y otro lado hay aceras elevadas del pavimento que conservan la huella de las ruedas en diversos puntos. La calle está formada por tiendas y casas, cuyo primer piso está derribado. En dos de aquellas casas se ven los objetos siguientes:

Un gabinete quirúrgico y un tocador, ambos con pinturas análogas.

Llamáronme la atención hácia un molino de trigo, y las señales de un instrumento cortante, marcadas aun en la piedra de la tienda de un tocinerio ó panadero, porque no sé lo que era.

La calle conduce á una puerta de la ciudad, donde ha quedado al aire un trozo de muro de circunvalación. En esta puerta comenzaba la línea de sepulcros que marcaban la vía pública.

Después de pasar la puerta, se encuentra la casa de campo tan conocida. El pórtico que rodea el jardín de aquella casa, está compuesto de pilares cuadrados, agrupados de tres en tres. Bajo el primer pórtico, existe otro, y allí fue ahogada la joven, cuyo seno está impreso en el trozo de tierra que he visto en Pórtici: la muerte, haciendo las veces de estatuario, ha modelado su víctima.

Para pasar de una parte descubierta de la ciudad á otra descubierta también, se atraviesa un rico suelo cultivado ó plantado de vides. El calor era excesivo, pero la tierra presentaba un aspecto risueño, cubierta de verdor y esmaltada de flores (1).

Al recorrer aquella ciudad de muertos, una idea fija me perseguía. No se cavaba en ningún edificio de Pompeya sin que se descubriesen utensilios domésticos, instrumentos de diferentes oficios, muebles, estatuas, manuscritos, etc., y con estos restos de los tiempos que fueron, se llena el Museo de Pórtici. Esto no obstante, otra cosa mejor podría hacerse, y sería dejar las cosas en el sitio en que están y como están; reponer los techos, cielos rasos, entarimados y ventanas para impedir el deterioro de las pinturas de las paredes; levantar el antiguo recinto de la ciudad, cerrar sus puertas, y por último establecer allí una guardia y dotar algunos sabios versados en las artes. ¿No sería este el museo mas maravilloso de la tierra? ¿Una ciudad romana conservada por completo, como si sus

(1) Al fin de este Viaje doy noticias curiosas acerca de Pompeya, que completan esta sucinta descripción.

habitantes acabaran de salir un cuarto de hora antes!

Se aprendería mejor la historia doméstica del pueblo romano, y el estado de aquella civilización, dando algunos paseos por la Pompeya restaurada, que leyendo las obras de la antigüedad. La Europa entera se apresuraria á trasladarse á aquella ciudad representante de los antiguos tiempos, y los gastos que exigiere la ejecución de este proyecto, serian ampliamente compensados por la afluencia de extranjeros en Nápoles. Además, fácilmente se comprende que no era indispensable emprender á la vez estos trabajos; podían continuarse lentamente pero con regularidad las excavaciones, y solo serian necesarios un poco de ladrillo, pizarra, yeso, piedra, maderas de carpintería y de construcción para emplearlas á proporcion que las ruinas se fueran desembarazando de la tierra que las obstruye; y un arquitecto hábil seguiría, en cuanto á las restauraciones, el estilo local, de que hallaria modelos en los paisajes pintados en las paredes mismas de las casas de Pompeya.

La práctica actual me parece perjudicial: arrebatadas á sus sitios naturales, las curiosidades mas raras se sepultan en gabinetes, donde no están en relación con los objetos que las rodean, además de que, descubiertos los edificios de Pompeya, no tardarán en venir al suelo, pues si hasta ahora se han conservado, ha sido porque han estado ahogados entre escombros, pero expuestos al aire libre, se pulverizarán sino se los conserva ó repara.

En todos los países, los monumentos públicos elevados á toda costa con granito ó mármol, son los únicos que han resistido á la acción de los tiempos; pero las habitaciones domésticas, las ciudades propiamente dichas, han caído, porque la fortuna de los simples particulares no les permitía edificar para siglos.

A MR. DE FONTANES.

Roma, 10 de enero de 1804.

Llego de Nápoles, querido amigo, y te remito un fruto de mi viaje, al que tienes derecho: algunas hojas del laurel que cubre la tumba de Virgilio. «*Tenet nunc Parthenope.*» Hace tiempo que debiera haberte hablado de aquella tierra clásica, creada para interesar á un genio como el tuyo; pero varias razones me han impedido lo cumplierse. Pero no quiero dejar á Roma sin decirte al menos algunas palabras de esta ciudad famosa. Hemos convenido en que te escribiría al azar, y sin decir metódicamente cuanto pensaba de Italia, como te dije en otro tiempo, la impresión que hacían en mi corazón las vastas soledades del Nuevo-Mundo. Sin mas preámbulo voy á procurar pintarte el exterior de Roma, sus campiñas y sus ruinas.

Ya has leído cuanto se ha escrito sobre este asunto; pero no sé si los viajeros te han dado una idea exacta del cuadro que presenta la campiña de Roma. Imagínate una cosa parecida á la desolación de Tyro y Babilonia, de que habla la Escritura; un silencio y una soledad tan profundos como era inmenso el ruido y el tumulto de los hombres que se agrupaban en otro tiempo en este suelo. Creese escuchar aun aquí retumbar aquella maldición del Profeta: *Venient tibi duo hæc subito in die una: sterilitas et viduitas.* Descúbrense acá y allá algunas extremidades solitarias de vías romanas, algunos rastros desecados de los torrentes del invierno: restos que vistos de lejos, tienen la apariencia de unos grandes caminos frecuentados, y que no son otra cosa que el cauce desierto de unas aguas borrascosas que han pasado como el pueblo romano. Pocos árboles se ofrecen á la vista, pero en cambio por todas partes se ven ruinas de acueductos y de tumbas: ruinas que parecen ser las selvas y plantas indígenas de una tierra compuesta del polvo de los

muertos y de las ruinas de los imperios. Con frecuencia he creído ver ricas mieses, extendiéndose por una gran llanura; pero me aproximaba y solo hallaba yerbas marchitas que habían engañado mi vista. Otras veces, bajo aquellas mieses estériles se distinguen huellas de un cultivo antiguo. Ni un ave, ni un labrador; absoluta carencia de movimiento campestre; ni el menor mugido de ganado, ni la mas pobre aldea alteran aquella monótona perspectiva, viéndose solo un corto número de granjas incultas en medio de aquella desnudez de los campos: propiedades que aumentan lo sombrío del paisaje con sus puertas y ventanas herméticamente cerradas, y de las cuales no sale humo, ruido, ni habitante alguno. Una especie de salvaje, casi desnudo, pálido y consumido por la fiebre, guarda aquellas tristes chozas, como los espectros que en las historias góticas defendían la entrada de los castillos abandonados. En una palabra, diríase que ninguna nación había osado suceder á los señores del mundo en su tierra natal, y que aquellos campos están tales como los ha dejado la reja de Cincinato ó el último arado romano.

Un monumento que domina y entristece mas aun aquel terreno inculto, y que la voz popular caracteriza con el nombre de *Tumba de Neron* (1), se eleva en medio de ella como la gran sombra de la Ciudad Eterna. Decaída de su poder terrestre, parece haberse querido aislar del mundo, no pudiendo su orgullo soportar su decadencia; y para separarse de las demás ciudades de la tierra, ha ocultado noblemente sus desgracias en la soledad como reina caída de la elevación de su trono.

Paréceme imposible describirte la sensación que se experimenta al ver aparecer repentinamente á Roma en medio de aquellos reinos vacíos, *inania regna*, y que parece querer levantarse de la tumba en que descansa. Imagina la turbación y asombro que embargaría á los profetas cuando Dios les enviaba la visión de alguna ciudad á la que había unido los destinos de su pueblo: *Quasi aspectus splendoris.* La multitud de recuerdos y la abundancia de sentimientos anonadan; el alma se abisma al aspecto de aquella Roma que ha recogido dos veces la sucesión del mundo, como heredera de Saturno y Jacob.

Acaso creerás, amigo mio, después de haber leído esta descripción que es imposible haya cosa mas espantosa que las campiñas romanas; pero te engañarías mucho si así pensaras porque á pesar de todo poseen una inconcebible grandeza y siempre que se las contemple se exclamará con Virgilio:

Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus,
Magna virum!

Si las miras como economista, tu alma se llenará de desaliento; pero si las contemplas como artista, como poeta, y aun como filósofo no querrias quizá, que fuesen diferentes de lo que son. El aspecto de los campos de pan llevar, ó de una loma cubierta de viñas no te causarian tan fuertes emociones como la vista de esta tierra que no he podido rejuvenecer el cultivo moderno, y que conserva el carácter antiguo como las ruinas que la cubren.

Nada puede compararse bajo el aspecto de la belleza, á las líneas del horizonte romano, á la suave inclinación de los planos y á los contornos vagos y ligeros de las montañas que lo terminan. Unas veces los valles toman la forma de un estadio, un circo ó un hipódromo invadiendo la campiña, y otras los collados aparecen cortados en forma de terraplenes, como si la mano poderosa de los romanos hubiera removido aquella inmensa mole de tierra. Un vapor particular

(1) La verdadera tumba de Neron estaba en la *Puerta de Pueblo*, en el sitio donde se ha edificado después la iglesia de *Santa Maria del Pópulo*.

ocupando la parte lejana del horizonte, redondea los objetos y disimula la dureza y fealdad que pudieran tener sus formas. Las sombras nunca son pesadas y negras, y no hay grandes masas de rocas ó de follaje por oscuras que sean, en que no se insinúe siempre un poco de luz. Una tinta de singular y armónico colorido, une la tierra, el cielo y las aguas; y todas las superficies, por una gradación insensible de colores, vienen á unirse por sus extremidades, sin que pueda determinarse el punto donde termina una nube y comienza otra. ¿No has admirado en los paisajes de Claudio Lorena aquella luz que parece ideal y mas hermosa aun que natural? pues bien: esa es la luz de Roma! No he querido privarme del placer de ver ocultarse el sol en la quinta Borghèse entre los cipreses del monte Mario y los pinos de la quinta Pamphili, plantados por Lenótre, y muchas veces tambien he subido el Tiber en Ponte-Mole para gozar de la grandiosa escena que ofrece el paisaje al despedirse el día. Las cimas de las montañas de la Sabina parecían entonces de lapislázuli ó de ópalo, mientras sus basas y flancos se ofrecían á la vista como inundados en un vapor ligeramente teñido de violeta y purpurina. Unas veces las nubes, llevadas con gracia inimitable en alas del viento vespertino, á manera de carros vaporosos, parecían representar la aparición de los habitantes del Olimpo en aquel cielo mitológico; y otras la antigua Roma parecía haber extendido en el Occidente toda la púrpura de sus cónsules y Césares para que por ella dirigiera sus últimos pasos el dios de la luz. Esta rica decoración no desaparece con tanta prontitud como en nuestros climas, y así es que cuando se cree van á borrarse aquellos tintes, reaparecen en algun otro punto del horizonte: un crepúsculo sucede á otro, y se ve con placer prolongarse la magia de la caída del sol. Verdad es que á la hora del reposo de las campiñas, el aire no repite ya cantos bucólicos; los pastores no están allí ya, *¡Dulcia linquimus arva!* pero vense aun *las grandes víctimas del Clytumno*, bueyes blancos ó rebanos de yeguas medio salvajes que descienden á las orillas del Tiber para abreviar en sus aguas. Te creerías transportado á los tiempos de los antiguos sabinos ó al siglo del arcadio Evandro, cuando el Tiber se llamaba Albula, y cuando el piadoso Eneas surcó sus aguas desconocidas.

Convendré sin embargo en que las perspectivas de Nápoles son mas deslumbradoras que las de Roma: ya el sol inflamado ó la luna llena y roja se elevan sobre el Vesuvio como un globo lanzado por el volcan: la bahía de Nápoles con sus riberas bordadas de naranjos, las montañas de la Apulia, la isla de Caprea, la costa del Pausilipo, Bayas, Misena, Cumes, el Averno, los Campos Eliseos y toda aquella tierra virgílica ofrecen un espectáculo mágico, pero carecen á mi juicio de la grandiosidad de la campiña romana. Por lo menos hay una cosa positiva, y es que se conaturaliza uno prodigiosamente con aquel suelo famoso. Dos mil años hace que Ciceron se creía desterrado bajo el cielo del Asia, y decía á sus amigos: *Urbem, mi Rufi, cole; in ista luce vive.* El atractivo de la bella Ausonia es aun el mismo, y se citan muchos ejemplos de viajeros que habiendo venido á Roma con el designio de pasar algunos días, moraron en ella durante su vida. Necesario fue que viniese á morir el Pusin á esta tierra de soberbios paisajes.

El que se ocupe exclusivamente del estudio de la antigüedad y de las artes, y el que no tiene ya lazos que le ligan á otros países, debe venir á morar en Roma. Aquí hallará para su sociedad una tierra que le nutrirá de útiles reflexiones y llenará su corazón, y paseos que le dirán siempre alguna cosa. La piedra que huelle con sus plantas le evocará recuerdos, el polvo que el viento eleve al cruzar este suelo, encerrará alguna grandeza humana. Si es desgraciado, si ha unido las cenizas de los que amó á tantas cenizas ilustres,